Un artista

En la “Hostería de la Manzana de Adán” tenían sus cuarteles[[1]](#footnote-1) unos cuantos literatos y desocupados que solían ir a filosofar frente a su bien abastecida chimenea[[2]](#footnote-2). Una vez, por mera curiosidad, visité dicho establecimiento.

Recuerdo que llamó mi atención un hombre que, con aristocrático desdén, no parecía querer unirse a los demás.

La luz vacilante de un cirio le daba de lleno en el rostro, en el que ponía largas pinceladas de oro. Era alto y fino. Los lacios cabellos[[3]](#footnote-3) y la barba rubia prestábanle cierto parecido con San Juan Evangelista. Pero lo que más me impresionó fueron sus ojos, maravillosamente puros y azules, llenos de dulzura. Era un pintor.

Este hombre era un artista. Un verdadero artista. Hablaba de su arte, de sus ideales, con religioso fervor, como puede un sacerdote hablar de su culto.

A pesar de su profundo conocimiento de la historia antigua y de sus notables estudios bizantinos, el triunfo no había coronado sus esfuerzos.

Ahora, indiferente, vivía su vida interior sin preocuparse de lo que le rodeaba. Tenía una gran indulgencia para con todos y su única defensa contra las adversidades y el hastío[[4]](#footnote-4) era encogerse de hombros[[5]](#footnote-5).

Yo miraba sus manos de marfil[[6]](#footnote-6) viejo que, exhaustas[[7]](#footnote-7), descansaban sobre la mesa. Temblaron un poco sus labios finos y sonrió con amargura.

Se levantó y me dio la mano. Partía. Díjome que se llamaba Diego Narbona y vivía allí cerca.

Quedé solo en mi mesa.

Allá lejos, la chimenea murmuraba su triste cantar.

Despertándome bruscamente de un sueño recién comenzado, la puerta de entrada se abrió de par en par, y una mujer joven y bonita entró, llorando desesperadamente. Su brazo sangraba.

* ¿Otra vez aquí? –gruñó la mesonera[[8]](#footnote-8) de malhumor.

El más joven de los poetas se acercó a ella.

* ¿Te ha pegado de nuevo? –dijo.
* Sí… Porque dejé que se quemara[[9]](#footnote-9) la tortilla…

Yo me aproximé. Parecíame imposible que un hombre pudiera maltratar a una mujer tan frágil…

¡Ah! Si mi amigo el pintor estuviera aquí, ¡cómo sabría consolarla! ¡Con qué suaves inflexiones de voz la calmaría…!

Compasivo[[10]](#footnote-10), me acerqué más aún.

Ideas vengativas cruzaron por mi cerebro al verla tan bella, tan débil.

* ¿Cómo se llama su marido? –rugí.

Ella levantó hacia mí sus ojos claros que me recordaban otros dos ojos claros y azules, llenos de dulzura y pureza.

* Diego Narbona –me dijo…

 M. Mujica Laínez*,* in *Cuentos Inéditos,* 1993.

1. Tener sus cuarteles: *avoir leurs quartiers.* [↑](#footnote-ref-1)
2. Una abastecida chimenea: *une cheminée bien approvisionnée, fournie.* [↑](#footnote-ref-2)
3. Los lacios cabellos: *les cheveux raides.* [↑](#footnote-ref-3)
4. El hastío = el aburrimiento, *l’ennui.* [↑](#footnote-ref-4)
5. Encogerse de hombros: *hausser les épaules.* [↑](#footnote-ref-5)
6. El marfil: *l’ivoire.* [↑](#footnote-ref-6)
7. Exhaustas = muy cansadas, *épuisées.* [↑](#footnote-ref-7)
8. La mesonera: *l’aubergiste.* [↑](#footnote-ref-8)
9. Quemarse: *brûler.* [↑](#footnote-ref-9)
10. Compasivo: *compatissant, plein de compassion.* [↑](#footnote-ref-10)